



Connnotas. Revista de crítica y teoría
literarias
ISSN: 1870-6630
connnotas@unison.mx
Universidad de Sonora
México

JOSET, JACQUES
José Asunción Silva según Fernando Vallejo
Connnotas. Revista de crítica y teoría literarias, núm. 8, 2007, pp. 29-40
Universidad de Sonora

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=672671029002>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

José Asunción Silva según Fernando Vallejo

JACQUES JOSET*

Resumen:

En este artículo Jacques Joset presenta un detallado análisis sobre la biografía de José Asunción Silva aparecida en *Almas en pena, chapolas negras* (1995) de Fernando Vallejo. Joset estudia aquellos fragmentos que muestran y tienen relación con el conocido y polémico anticolombianismo que Vallejo manifiesta en muchos de sus escritos. De esta manera, la perspectiva con que retrata la vida de José Asunción Silva y la sociedad colombiana de la época coincide con muchas de las premisas ideológicas que el mismo Vallejo ha utilizado a lo largo de su obra. Jacques Joset se apoya en los aportes teóricos de Marc Angenot para mostrar las ambigüedades y las contradicciones recurrentes en el discurso del biógrafo: una Colombia construida desde una perspectiva fatalista y desesperanzada, en donde no existe espacio para una visión crítica que conduzca a evaluaciones menos pesimistas sobre la realidad del país. El artículo concluye con una interrogante que gira en torno a la necesidad de conocer mejor y matizar entre aquellos elementos que han propiciado las diferentes versiones sobre la realidad colombiana y su relación, en este caso, con la biografía de los escritores que forman parte de su legado literario y cultural.

Palabras clave:

José Asunción Silva, Fernando Vallejo, *Almas en pena, chapolas negras*, literatura colombiana.

* Profesor-investigador. Université de Liège.

Entre confirmación de José Asunción Silva en el canon literario hispánico y contabilidad de un fracaso mercantil, entre investigación biográfica tradicional y prejuicios asumidos, entre chismografía bogotana y colección de sentencias, el relato de la vida del poeta colombiano *par excellence* por Fernando Vallejo, *Almas en pena, chapolas negras* (1995), sirve de soporte a una diatriba despiadada contra Colombia, testimonio de la relación compleja que el biógrafo no ha dejado de tener con su país.

El íncipit de esta vida de José Asunción Silva no puede ser más explícito. Ahí donde esperaríamos una frase relacionada con una vivencia del poeta,¹ leemos: “Colombia no tiene perdón ni redención. Esto es un desastre sin remedio” (7). El juicio valorativo es tan contundente que, por su situación estratégica y andadura aforística, podría servir de epígrafe a la obra.

La propia ambigüedad del demostrativo neutro *esto*, que remite tanto a la frase de apertura como a Colombia, país y habitantes reducidos a cosa, contribuye a una generalización de una valoración negativa sin ninguna excepción. Ni siquiera lo es el mismo Fernando Vallejo que en tanto colombiano se incluye en el *nosotros* de una iteración con variante de la primera frase: “[...] porque se mató, lo matamos, nosotros, Colombia toda que no tiene esperanza ni perdón” (9). El biógrafo expresa, pues, una especie de solidaridad disfórica por sentirse heredero de los tres millones de colombianos que mataron a Silva en 1896, crimen colectivo, culpa imborrable.

Esta entrada agresiva en contra de su propio pueblo asumiendo la culpabilidad de todos es una auténtica *captatio malevolentiae*, proceso retórico típico del discurso panfletario (Angenot 305) cuyo blanco es el destinatario inmediato, en este caso el lector provocado y desestabilizado desde el principio. Ese receptor, miembro de una nación de treinta y tres millones de habitantes en 1995, no dejará de ser agredido hasta el insulto a lo largo de la biografía de

¹ Por ejemplo la tercera frase de *Almas en pena*: “El 24 de mayo de 1896, a las cuatro o cinco o seis de la madrugada [...], José Asunción Silva el poeta, nuestro poeta, el más grande, se quitó la vida de un tiro en el corazón” (7).

Silva² compartiendo la falta de lucidez de la madre del poeta, quien “no entendía que su hijo no fue cualquier hijo de vecino, liberal o conservador, de los que hoy siguen votando y empuercando las calles” (11).

También en el umbral del libro se pasa de la retórica del panfleto a una modalidad de ésta, la invectiva: “es que Colombia es así: buena para hablar y criticar, nula para obrar. Todo se les va en palabrería y proyectos de borracho, y no llegan en su conjunto ni a ser un mísero proyecto de país. Ése es un pobre conglomerado de almas en pena, asesino, mezquino, loco” (14). La ausencia de argumentación, de dialéctica y de matices de tales salidas aseguran que nos las habemos con lo que Marc Angenot tildó de “retórica del insulto” y de “desarrollo hiperbólico de la agresión” (61-62) cuya meta es la destrucción simbólica ya no de un individuo, sino de una nación.

No deja de ser significativo que en el uso de la retórica del insulto Vallejo se desolidariza de sus compatriotas: el pronombre personal de tercera persona sustituye al de primera (“Todo se *les* va en palabrería...”), a la vez que el demostrativo enfático, además de despectivo, segregá al locutor de los destinatarios (“Ése es un pobre conglomerado...”). Más significativo aún: el retrato de Colombia hospeda las tres primeras palabras del título, *Almas en pena*, las cuales remiten, pues, al país blanco de la ira del escritor. Colombia pasa y desplaza al propio Silva como protagonista de la biografía.³ La

² Vallejo comenta la recepción de *Almas en pena* en un mensaje electrónico del 27 de junio de 2005 dirigido a un servidor: “*Chapolas* sólo ha circulado en Colombia y no creo que ni siquiera lo hayan comentado”. De ser cierto esto, la *captatio malevolentiae* hubiera funcionado quizás más allá de lo esperado por el autor.

³ Al respecto es de interés la disposición tipográfica de la edición de referencia (la que aparece en las obras citadas del presente artículo): las palabras *Almas en pena* [*chapolas negras*] se imprimieron en tipos rojos mayores que los del minúsculo subtítulo *Una biografía de José Asunción Silva* en letras negras. La explicación de la segunda parte del título, más bien segundo miembro de una enumeración que aposición, se encuentra también en el texto: “Las chapolitas negras que están en el título de este libro son las mismas que se posan en las vigas de los altos techos anunciando la Muerte [...]” (420).

diatriba antipatriótica se constituye en eje estructural de la obra justificándose ampliamente la atención que le dedico en estas páginas.

Para la retórica del insulto la acumulación machacona sustituye la argumentación conforme a su estatuto genético de forma primitiva de la polémica que, utilizada por Fernando Vallejo, “demuestra” la ausencia permanente de moral social en Colombia. Así, en el siglo XIX las calles de Bogotá estaban “llenas de huecos. Como hoy. Y de ladrones. Como hoy. Y de asesinos. Como hoy” (31). Características que, con la locura, se repiten *usque ad nauseam* y de forma muchas veces gratuita, es decir innecesaria en la lógica discursiva:

[En 1948] la turba saqueó el palacio de la Gobernación y echó por las ventanas y los balcones su pasado criminal, los archivos judiciales, los expedientes en papel sellado de media Colombia asesina. (25)

ese país de locos, (25 y 225)

éste es un país de ladrones, (67)⁴

[el] manicomio, su [de Caro] República de Colombia, (69)

[...] mientras me alejaba entre ladrones por las atestadas calles [de Bogotá] (185).

A Antonio María Silva Fortoul Colombia no sólo le mató a su hermano para robarlo [...] Colombia es una reverenda mierda. (417)

el manicomio de Colombia, (357)

en la inefable Bogotá, ciudad de locos, (480)

⁴ Comentando una página la biografía en cuestión, en un mensaje electrónico me escribió Fernando Vallejo lo siguiente el 15 de octubre de 2005: “Colombia la insolvente roba y no paga. Así sus clientes le robaban a Silva y él a sus acreedores”.

Como se ve, la invectiva anticolombiana de Fernando Vallejo comparte la hipérbole y el terrorismo discursivo de la forma más directa y mínima de la polémica (Angenot 265). Tampoco le molestan las contradicciones integradas en un sistema inestable de rupturas dentro de una continuidad. Así los cambios de nombres del país se compaginan con las imprecaciones:

Nueva Granada, nombre con que se conoció alguna vez ese país de nombres cambiantes que hoy llaman dizque Colombia. (Vallejo 62)

Su país [de Silva] dejó de llamarse Estados Unidos de Colombia y volvió a República de Colombia, que es como empezó. País cambiante pero siempre el mismo, envidioso, ratero, puestero, asesino, malo. ¡Como si cambiando de nombre uno pudiera cambiar de esencia y dejar de ser! (68)

Esta vaca [Colombia] cambia de nombre pero la siguen ordeñando los mismos ordeñadores. (142)

[...] eso que se llamaba el Virreinato de la Nueva Granada y que después se llamó República de Colombia, a raíz de una pelea por un florero. Así hemos sido siempre aquí; nos agarramos y nos hacemos matar por cualquier cosa. (349)

[En 1884] el país cambió de nombre una vez más, la quinta, y de los Estados Unidos de Colombia que se llamaba en los últimos tiempos pasó a llamarse dizque República de Colombia, dizque como empezó. Tanta vuelta para volver a lo mismo, a lo dicho, a la misma reverenda mierda... Esto no tiene remedio. (418)

La imposibilidad permanente de pronósticos hace de Colombia un “país impredecible” donde “se acuesta uno confiado y amanece devaluado o expropiado” (65). O usando la retórica del insulto y de la degradación: “Así es eso, un país imprevisible de leyes, y más

cambiante en sus humores que una puta con viruela en un colchón” (488).

La contradicción aparente más sonada en un breve principio de argumentación histórica toca la responsabilidad de España en el destino posterior del país hasta hoy (77) frente a la actuación de Baldomero Sanín Cano, quien “nos libertó de lo que no pudo el otro [= Bolívar] de la mente loca y mentecata de España la católica, la fanática, la dogmática, roña del espíritu humano. De esa estrechez oscura que impedía ver la luz del ancho mundo nos sacó” (124). Contradicción resuelta, no sin alguna duda, por el hecho de que la batalla de Sanín Cano se dio sólo “en los campos del espíritu (que es en los que se ganó, si es que se ganó, nuestra independencia de España pues no fue en los terregales de Boyacá)” (125).

De todas formas Fernando Vallejo asume las contradicciones en virtud de un lema continuista que da en conclusión del comentario pormenorizado a las cartas de Silva a su padre de viaje en París: “[...] este país se jodió. Pero esto último no lo dice Silva, lo digo yo interpretándolo y sabiendo que lo que es siempre ha sido” (213). Lo que a su vez contradice la visión rupturista de una Colombia que no siempre fue lo que es (o era en 1995). Esta Colombia objeto de nostalgia es, aquí como en otras obras, la de la niñez del biógrafo, “tan perdida, tan lejana” (49).⁵

Hay, pues, un antes y un después: “[...] aquí la Iglesia y la gramática hacen parte del poder, y [...] aquí nos conocemos todos. O mejor dicho hacían y nos conocíamos porque esto ya cambió. [...] Esto se jodió. [...] Nos convertimos en nadies, somos un lugar común descartado” (237).

La nostalgia de aquella Colombia perdida se hace aguda en las últimas páginas del ensayo biográfico:

El máximo ideal de Colombia entonces, por sobre la presidencia misma y el dinero, todavía era la poesía.⁶ Hoy Colom-

⁵ Más precisamente es la Antioquia natal que logra salvarse todavía en el presente de la escritura aunque con dificultad y reserva humorística: “Lo mejor de Colombia somos nosotros, los de Antioquia. O sea, lo mejorcito de lo peor” (Vallejo 75).

⁶ V.q.: “Poetas lo que poetas en mi modesta opinión ya no hay [en Colombia]” (17);

bia es otra cosa, un coco vacío [...]. El derrumbe de Colombia se puede medir muy fácil: es lo que va de la cabeza, donde se aloja el alma, a las patas. Atrás, atrás y para siempre se me ha ido quedando esa Colombia mía, suya, de Silva [...]. (554)

Ahora bien, Marc Angenot ha identificado la nostalgia de una edad de oro y el sentimiento de una degradación irreversible de los valores culturales o sociales como “el núcleo invariante” del discurso panfletario (108-109).⁷ En particular la agonía y muerte de la literatura son temas recurrentes del mismo (108-109).

A pesar de que la invectiva no necesita prueba, más bien las repudia, Fernando Vallejo traza la línea de fractura entre la edad de oro y la de hierro a la altura histórica de 1948, año del “bogotazo”, del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, interpretado en clave conservadora. Al recordar el acontecimiento, la pluma del polemista vuelve a mojarse en la tinta negra del insulto contra los actores de lo que fue desde entonces el sentido único del “derrumbadero” de Colombia (26), sin perdonar al protagonista principal:

El pueblo –o sea la horda, la chusma, la turba, la turbamulta, la indiada, la rolamenta con su hijueputez– se entregó a lo que le dictaba su otro imponente instinto,⁸ a la destrucción, y lo hizo a cabal conciencia. (25)

Los delincuentes del 9 de abril [de 1948] que sobrevivieron a tan movida fecha salieron de ella limpiecitos, sin sumario alguno, con sus hojas de vida santificadas y acrisoladas por el fuego. En cuanto al demagogo que los soliviantó, que azuzó a la chusma y les despertó el demonio dormido de sus almas sucias, para esas horas yacía entre cuatro cirios, muerto y requetemuerto, enfriándose en su ataúd. (28)

“Y conste que aquí en poetas no estamos tan mal, como en futbolistas o en santos. O sea, quiero decir, no estábamos. También eso se acabó” (289).

⁷ “Tout ce mouvement de ressentiment s’appuie sur un regret, celui d’un *âge d’or* quelconque, sur la nostalgie d’une harmonie perdue” (Angenot 94 y 106).

⁸ Se supone que el primero es el de la reproducción: “el pueblo es la chusma paridora” (10).

La longitud inusual de la digresión “histórica” —a la verdad inútil en el relato biográfico— rematada por la implicación personal del panfletario como autor de un documental sobre Eliécer Gaitán,⁹ da cuenta de la trascendencia que otorga al “bogotazo”. Fernando Vallejo se convierte así en “testigo indignado del escándalo” (Angenot 249) que se vale de todo hasta reducir la raíz del hito divisorio de la historia colombiana a una mediocre frustración social del líder liberal a quien “le negaron la entrada [al Jockey Club] por rolo, o sea indioide de la sabana. Gaitán en venganza se volvió demagogo, les soliviantó al populacho, se hizo matar, y la turbamulta iracunda quemó a Bogotá” (326). Como escribe Marc Angenot, el polemista “fait flèche de tout bois” (61) hasta, en nuestro caso, de expresiones racistas que evocan *mutatis mutandis* la agresividad antisemita de un Louis-Ferdinand Céline. Los saqueadores de 1948 eran borrachos de whisky y de coñac “cuando tan oligárquicos alcoholes se les subían a sus obtusas cabezas de indios y rolos sin enjaima” (25).¹⁰

Aunque lo rechazaría probablemente el biógrafo de José Asunción Silva, su visión crepuscular de la historia colombiana pertenece más bien a un pensamiento de derecha que implica el rechazo violento de un mundo presa del Mal.¹¹ De hecho, como muchos polemistas, Fernando Vallejo rechaza situarse en un campo ideoló-

⁹ “Yo hice un documental sobre él. Por eso vi el saqueo de la Gobernación cuadro a cuadro en una moviola. Por eso sé lo que digo” (28).

¹⁰ Hablando del “robo” de Panamá por los “gringos”, exclama el panfletario a propósito de la ausencia de resistencia del presidente colombiano José Manuel Marroquín: “E hizo bien. ¡Para qué queremos ese hervidero de negros y zancudos! Con los que tenemos hay suficiente” (298).

¹¹ “Le cours de l’histoire s’est infléchi en une déchéance irrémédiable, l’entropie du mal s’est emparée du réel ; c’est ici à proprement parler la vision crépusculaire, nucleus irradiant, *récit minimal* de l’histoire pamphlétaire : *de te fabula narratur*” (Angenot 99). Según Angenot (260), también son características estilísticas del pensamiento de derecha las metáforas sexistas —Colombia es un país “más cambiante [...] que una puta con viruela en un colchón” (488)— y biomédicas, entre las cuales incluyó las numerosas animalizaciones despectivas tales como la que equipara sin necesidad argumentativa a Bogotá “con el corazón de Colombia (si es que esa mula de país tiene corazón)” (351).

gico fijo pero sí en todos a la vez o en un más allá de todos.¹² Su palabra no tiene origen, ni ortodoxia referencial, ni garante: su lugar es el de la exclusión (Angenot 74) y de la nostalgia por un pasado mítico del que se considera como el guardia. Su visión del mundo no puede ser sino catastrófica y agónica. Siendo la Colombia contemporánea el “país de la destrucción donde todo lo tumban” (17), su edad de tinieblas se hizo eterna y la de oro, irrepetible.

No podemos cerrar esta lectura sin verificar que la obra del biografiado, José Asunción Silva, no ofreciera algún gancho a la retórica de lesa patria de Fernando Vallejo. Por supuesto no faltan comentarios sobre la incompatibilidad entre la mezquindad de la Bogotá provinciana de finales del siglo XIX y los anhelos intelectuales de José Asunción Silva. Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Germán Arciniegas, Héctor H. Orjuela, entre muchas voces más autorizadas que la mía, denunciaron la mediocridad y el carácter envidioso de sus compatriotas de aquel entonces.¹³ Pero la lectura de la obra completa de Silva da, a la verdad, poco asidero a los que quisieran oír resentimientos y rencores en la voz del poeta. Hasta en las *Gotas amargas* son discretas las manifestaciones de “absoluto/desprecio por lo humano” (Silva, *Obra completa* 74).¹⁴

¹² En una entrevista que hice a Fernando Vallejo, a la pregunta “¿Qué responderías —si tienes ganas de responder algo— a los que desde Colombia o desde otras partes del mundo te tratan no solamente de reaccionario sino también de fascista?”, contestó: “Hay gente, sobre todo los comunistas y los que se dicen de izquierda y revolucionarios, muy dados a ponerles etiquetas a los demás. A mí me pueden poner las que quieran porque no se me pegan, y es que yo soy muchas cosas, más de mil. En uno de mis libros (pero ya no me acuerdo en cuál), hice parte de la lista, unos cien calificativos. No sé si puse en ella reaccionario y revolucionario, liberal y fascista. Los calificativos los puedo poner unos tras otros como chorizos, o en pares, o separados por comas, o unidos por la conjunción “y”. Depende, existen varias formas posibles para la enumeración, que es una de mis manías” (653-55).

¹³ Véase José Asunción Silva. *Obra completa*. XXVII, XXXV, XLII-XLIII, 422 y 427.

¹⁴ En “Zoospermos”, el *yo* lírico constata, por boca de un científico, la feliz pérdida de espermatozoides que no fecundarán un óvulo: “afortunadamente, / zoospermos, en la tierra/no creceréis poblándola/de dichas y de horrores” (*Obra completa* 86). Silva anticipa la inquina antinatalista de Fernando Vallejo (véase la cita de la nota 8).

De sobremesa, novela considerada como ficción repleta de rasgos autobiográficos, presenta alguno que otro pasaje agresivo para con los compatriotas del autor. Pero la alusión siempre es, en el mejor de los casos, bastante indirecta, o funciona por vía de transposición hipotética. De esta manera, los insultos de José Fernández, *alter ego* idealizado de Silva, a Max Nordau muy bien podrían apuntar a su entorno bogotano que compartía probablemente las mismas ideas que el patólogo austriaco sobre los artistas “decadentes” (siempre y cuando se conocieran en la Bogotá finisecular): “¡Oh grotesco doctor alemán, zoilo de los Homeros que han cantado los dolores y las alegrías de la Psiquis eterna, en este fin de siglo angustioso [...]!” (*Obra completa* 240). Así también el mayor desprecio de Fernández para con su primo hermano Camilo Monteverde, “un hombre práctico, indudablemente” (*Obra completa* 346) podría ser trasunto del sentimiento de Silva para con los colombianos de la misma laya.

Sin embargo, sólo un pasaje de *De sobremesa* llama la atención de Fernando Vallejo.¹⁵ Se trata del plan de reforma ideado por Fernández Andrade para sacar a su país del atolladero mediante una dictadura si fuere necesario. Fernández-Silva denuncia tanto “la oclocracia”, o sea el gobierno de la plebe, como el egoísmo de los ricos (*Obra completa* 260), lo que le vale la feroz diatriba de Vallejo:

Tan loco estaría José Fernández o Silva o como se llame, que sueña con llegar a la presidencia de la República¹⁶ y hacer de su país un centro de civilización y un emporio. ¿De Colombia, por Dios, un emporio? ¿De ese país salvaje? ¿De ese desastre? Pero si Colombia es un paisuchito insignificante, malo, un desastrico pequeñito, incommensurable, irrescatable, irremediable, y el que diga o sueñe otra cosa delira: debe tomar tintura de genciana, que es febrífugo. (548)

¹⁵ La novela recibe un comentario demoledor del biógrafo (465-69) que condenará en las admiraciones iniciales: “¡Pero qué novelal! ¡Qué indigestión enciclopédica!”

¹⁶ La función de la presidencia de Colombia y las personas que la asumieron son otros blancos de las invectivas de Fernando Vallejo a lo largo de *Almas en pena...* como en otras obras suyas hasta la última publicada, *Mi hermano el alcalde* (2004).

Tras aquilatar el impacto al fin y al cabo reducido de la obra de Silva en las invectivas de Fernando Vallejo contra el país de ambos, trataré a modo de conclusión de dibujar los contornos de la relación conflictiva del biógrafo del poeta con su tierra. La frase matriz que la condensa podría ser: “Uno no escoge la patria ni el río de sus amores, son cosas que se dan” (353). Entre las muchas oraciones de andadura sentenciosa desparramadas en *Almas en pena, chapolas negras*, ésta sirve de eje al sentimiento que Vallejo experimenta por Colombia, un eje que une los polos del odio y del amor por la tierra natal. El destino, la fatalidad biológica, el *fatum*, lo hizo nacer en Antioquia, la patria chica por donde corre el “río de sus amores”, verdadero objeto de su nostalgia más bien que todo el país. Cuando imagina su muerte si fuese él quien hubiera descubierto la carta de Silva dirigida al pintor francés Gustave Moreau, escribe: “yo no habría resistido el hallazgo y allí mismo, en París, en tierra ajena, lejos del afectuoso amor de Colombia que me extraña hubiera acabado su viaje este cansado cometa” (24); el país al que se refiere es el de “la finca Santa Anita, la que está entre Envigado y Sabaneta, saliendo de Medellín, Colombia” (Vallejo, *La Rambla* 9) la finca de la abuela, la finca de su niñez, la de antes del “bogotazo”. Por supuesto no es de descartar, ni mucho menos, una intención irónica en ese algo pomposo “afectuoso amor de Colombia que me extraña”. Pero tampoco es de descartar el sentido recto con tal de que, a la imagen de la realidad biográfica de Vallejo, vecino de México D. F. desde hace años, el afecto patrio sea un “amor de lejos”. Sentimiento ambiguo y contradictorio, como lo es el del “viejo” de *La Rambla paralela* que echa pestes contra Colombia pero se enternece escuchando las conversaciones de sus compatriotas en Barcelona, con los regionalismos, arcaísmos y hasta los errores lingüísticos garrafales. Como en esta biografía de José Asunción Silva donde, interpelando al gramático por antonomasia, don Rufino José Cuervo, Fernando Vallejo, destripador de cuantos estropean el castellano –colombianos incluidos–, exclama en primera persona:

Y me “devuelvo” a Colombia a desafiar a la Muerte, señores Cuervo, con su perdón, que me ha entrado la nostalgia de la

tierra. Quiero misa con voladores y fiesta con muchos muertos para decir: Hubieron muchos muertos pero qué buena que estuvo la fiesta. Ya los enterramos y en el entierro hubieron más. (427)

Esas expresiones equívocas de amor/odio no van muy lejos de la que sale de la pluma de Álvaro Mutis al condenar la actitud envidiosa y cruel de sus conciudadanos para con Silva. Ensanchándola hasta nuestros tiempos e implicándose en la enunciación, el padre de Maqroll el Gaviero llama a Colombia “nuestro sufrido y amado país, de memoria tan corta como ingrata” (Mutis XXXV).

¿Sería la tenue frontera ideológica que une, más bien que separa, a Fernando Vallejo con Álvaro Mutis responsable de esa aproximación semejante a la problemática colombiana o, mejor dicho, a la Colombia problemática de ambos?

Bibliografía

- Angenot, Marc. *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*, París, Payot, 1982.
- Joset, Jacques. Entrevista a Fernando Vallejo. *Revista Iberoamericana* 72 (2006): 653-55.
- Mutis, Álvaro. “Testimonio” (Silva, *Obra completa*).
- Silva, José Asunción. *Obra completa*. Coord. y ed. Héctor H. Orjuela. Col. Archivos, 7. Madrid/París/Santiago de Chile: ALLCA XX, 1997 (1a. reimpre-sión de la 2a. ed, 1996).
- Vallejo, Fernando. *Almas en pena, chapolas negras*. 1a. ed., 1995. Bogotá: Suma de Letras, “Punto de Lectura”, 2002.
- _____. *La Rambla paralela*. Madrid: Alfaguara, 2002.